

Nocturno de verano

Enrique Bernardo Núñez

Es el mismo paisaje, casi monótono, que todos los años en agosto se extiende allá entre las montañas y la humilde cinta de colinas.

Los campos tostados, amarillentos, producen una sensación de tedio, de cansancio. La luz penetra en los callejones que abren más anchos, más rojos, y se multiplican en el monte despojado, accesible.

Abajo el río adelgazado, despide reflejos intensos, arrastra sus ondas lentas, turbias, sin una sombra.

Solo la noche es piadosa con el paisaje. En la vivienda que lo domina, un rancho de paja y bahareque; sí, el tiempo había hecho mudanzas.

Margarita era ya una mujer. El año anterior parecía aún, pequeña, niña, sin misterio alguno en los ojos. Podía corretear libremente y volver sentada en las carretas como una florecita cortada con la hierba.

Ahora las miradas, antes indiferentes, recaían sobre ella que adivinaba un secreto lenguaje en todas las cosas y los seres.

Porque su carne tenía el color de esas doradas frutas silvestres. Su pecho se hinchaba con aliento semejante al que provoca los retoños y cuaja los racimos. Sus ojos eran más negros, su boca más roja y comenzaba a tener la soledad de los caminos.

Regresaba aprisa, sin detenerse, fugitiva, como la claridad del atardecer.

2

Se hablaba de ella. ¿Por qué su nombre estaba en los labios de los trabajadores? A algunos, cuando la nombraban, se les ensombrecían los ojos; pero cuando ella aparecía, una caricia amorosa, fuerte, parecía envolverla. Unos la nombraban más que otros; unos hablaban de ella y otros oían, pensativos. Uno de ellos la había sorprendido casi desnuda en el río. Ahora corrían noticias absurdas,



extrañas. La habían visto descender ya tarde, con sigilo.

Una noche ardió un rancho. Creyeron que había sido una chispa. Caída acaso en el techo de paja.

Pero al otro día vieron a Tobías, el mozo que trabajaba en el corte, improvisar con ardor otra vivienda, en punto difícil del cerro. Se le vio cortar largos leños tiernos y amasar con piedras la roja greda. Hasta muy tarde en la noche se oía resonar el hacha con sonido alegre.

3

Para el viejo Pablo, agosto tenía recuerdos. En ese mes, hacía muchos años, se habían llevado a su compañera.

Recordaba muy bien aquella noche tibia, llena de rumores, los caminos estaban oscuros y ellos iban pintándose, enlazados. Les parecía tener alas, tanto se apresuraban, mecidos en la dulzura nocturna. También en agosto había nacido Margarita. Él era ya viejo, pero en aquel día volvió a sentirse joven.

Sufría con no poder contemplar la tierra luminosa y la hierba hacinada en medio del campo.

Ahora Margarita contestaba con desvío a sus preguntas y una angustia larga le oprimió al descubrir que un secreto palpataba en los labios de la hija; su voz no era la misma de antes. Y a veces pasaba entre ellos un largo silencio.

Como sus ojos quemados al ardiente sol se oscurecían, él consolaba su cuidado tocándola. A menudo la llamaba para cerciorarse de que dormía allí, cerca de él y muchas veces calló para fijar su atención en los sonoros preludios que interrumpían el silencio de la noche. Él temía por instinto, esa soledad que adivinaba próxima, la cual se anticipaba a la soledad definitiva. Cuando los campos durmieron bajo la luna; cuando el tiesto de rosas del patio soñó lo mismo que la montaña, arrollaron la vivienda largos preludios voluptuosos.

4

Los días eran calurosos, ardientes. En la aurora el cielo tenía colores violentos y el campo sediento exhalaba olores fuertes. Luego, el cielo se tornaba brillante. Azul, de un azul clarísimo que después agotaban las nubes.

Se abatía una lluvia de hojas secas al elevarse el viento que hacía ondear las cañas y las espigas gigantes.

Más tarde cesaba el bullicio del monte; bajo el gran sopor parecía ensancharse el campo en una completa laxitud.

La tarde ascendía lenta, las bestias regresaban agobiadas, los hombres silenciosos. Entonces un soplo de ternura se alzaba de la tierra sedienta, amarillosa y solo un instante el viento abatía la ola ondulante del cañaveral en las faldas del cerro.

Los paisajes quedaban inmóviles; aumentaba el silencio, mientras surgían las primeras estrellas.

5

Comenzaba a anochecer. Pablo se arrastró hasta la puerta. Primero sus ojos parpadearon como estrellas y una sonrisa vagaba en sus labios cada vez que en el camino percibía un rumor. Luego, el corazón del viejo fue acelerando el ritmo.

VIENE DE LA PAG 1

Crujieron las hojas bajo unos pasos; eran pasos tardos que se alejaban.

Un reflejo vago iluminaba su alta silueta rodeada de sombras. El silencio parecía zumbarle en los oídos mil ultrajes terribles.

Comenzó a alzarse una vasta armonía de sonos dilatados y solemnes. La esperanza reanimaba al anciano como en acecho burlón. Tal vez no era tarde. ¿Por qué debía ser tarde?

De nuevo creía oír pasos; pero era el viento que arrastraba las hojas. Quizás eran sátiros que danzaban o perseguían en la sombra vacantes salvajes. Él ponía el oído atento y entonces todo se desvanecía. No quedaban sino los sonos dilatados y solemnes.

Los caminos estaban oscuros; los luceros bordaban la cima de la montaña; una que otra lucecita fugitiva surgía en el monte, se elevaba sobre los murmullos.

Ante la vivienda comenzó a pasar gente. El campo exhalaba olores fuertes; las siembras se dibujaban de nuevo, amarillentas, mustias y los senderos reaparecían rojos, como heridas profundas, tan fuerte era el verano.

Un aliento fuerte le dio en el rostro. Entonces el viejo Pablo se convenció de que Margarita no había regresado aquella noche, y que no debía regresar nunca...

Fin

Publicado en la revista *Billiken*, 26 de agosto, 1922.

Enrique Bernardo Nuñez

(Caracas, 1895 - 1964). Escritor, periodista y cronista de la ciudad de Caracas. Autor de las novelas: *Sol interior* (1918), *Después de Ayacucho* (1920), *Cubagua* (1931), *La galera de Tiberio* (1932), *Signos en el tiempo* (1939), *El hombre de la levita gris* (biografía de Cipriano Castro, 1943), *Aristides Rojas, anticuario del Nuevo Mundo* (biografía, 1944), *La ciudad de los techos rojos* (1947), *Viaje por el país de las máquinas* (1954) y *Bajo el samán* (1963). Fue aceptado como miembro de número por la Academia Nacional de la Historia el 24 de junio de 1948.



Los muertos de la plaza

Como si se lo hubieran propuesto estaban los cuatro sentados uno frente al otro formando un rectángulo. Esperaban el té. La empleada, un poco más lejos, trajinaba con tazas y platos.

Luego colocó junto a cada uno una pequeña mesa. Finalmente trajo la bandeja con el té, que puso en la mesita de María Luisa. Le acercó una taza y se quedó esperando que esta sirviera. Con su cara lavada, su uniforme irreprochable, era lo más impersonal que puede esperarse de un ser humano.

—Deja. Yo voy a servir —le dijo María Luisa.

—¡Tan linda ella! —exclamó Hugo—. Se quiere acostumbrar para cuando nos casemos, ¿verdad, m'hijita?

María Luisa le alargó una taza a Juanita.

—Tú también podrías acostumbrarte —le dijo, riendo.

—Perdona. Estaba distraída.

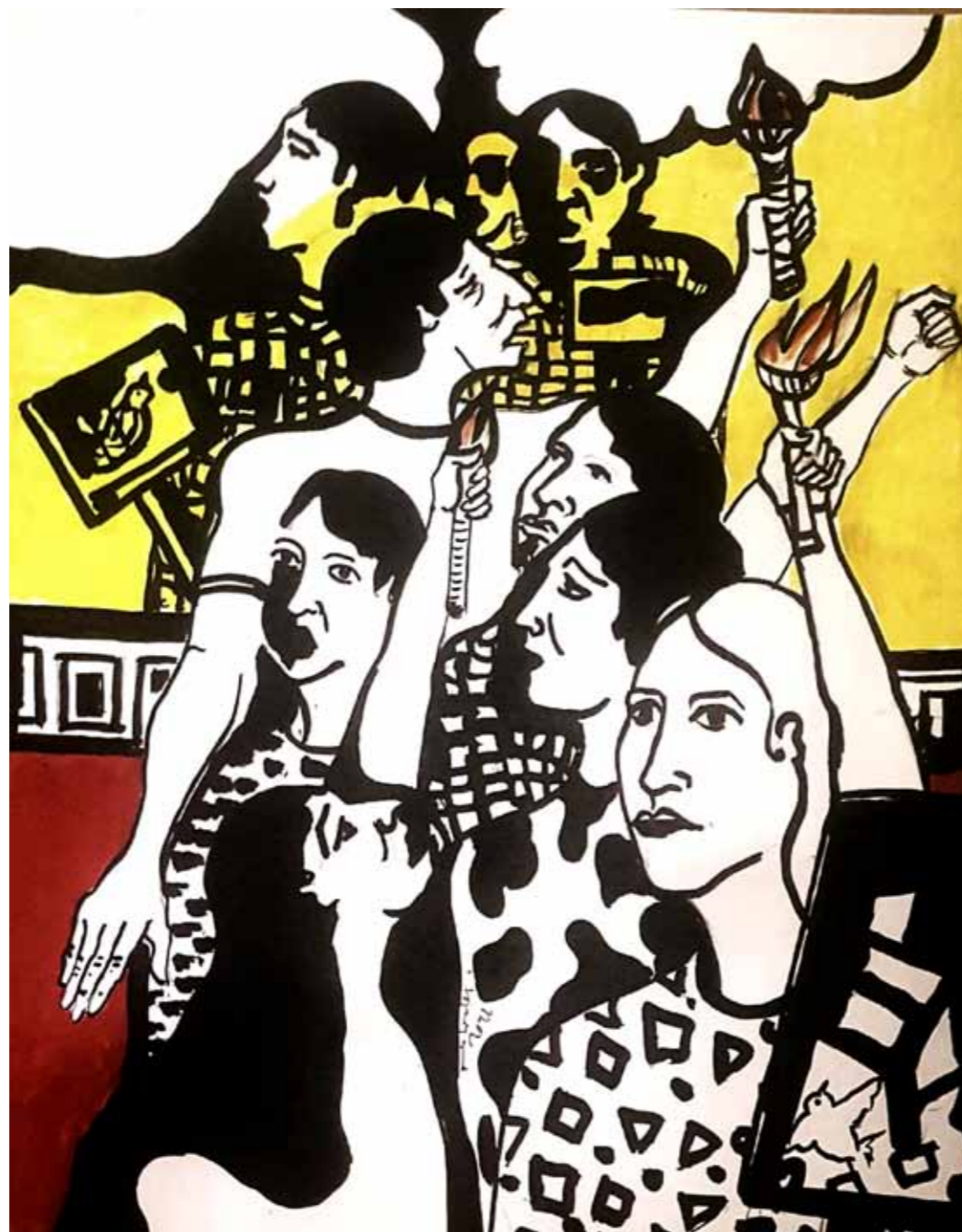
Juanita tomó la taza. Se puso a dar vueltas a la cucharilla en el té. “Casarse —se dijo—, qué cosa horrible”. María Luisa y Hugo se casarían ese año. Todas sus amigas se casaban. Se iban casando como un destino inexorable. También ella tendría que hacerlo. Allí estaba Pedro, revolviendo, lo mismo que ella, su taza de té, mientras la miraba. Eran casi novios. Bueno, así lo creían en su casa las amigas y hasta ellos mismos, a veces. Juanita volvió a mirarlo. Pedro estaba hablando de Guillermo.

—¿Te das cuenta, viejo? —le decía a Hugo—, Guillermo en París, trabajando en el estudio de Le Corbusier...

—La de cognac que se mandará al cuerpo entre plano y plano funcional —se rio Hugo.

—Yo también me iré a París —continuó Pedro—. No espero tener la misma suerte, claro está, pero creo que cuando uno se recibe de arquitecto, lo menos que puede hacer es viajar por Europa.

Juanita dejó la taza de té vacía y se arrellanó en el sillón. Irse a París, casarse, la arquitectura, el arte. ¿Por eso se casaría con Pedro? Pedro era distinto de los otros. Los otros bailaban, reían, la divertían y nada más. Pedro



discutía de arte y de arquitectura. Pedro quería algo más que pasarlo bien. Tal vez eso serviría para casarse. Pero no estaba segura del todo. Una vez, hace muchos años, vio el matrimonio de unos inquilinos en el campo. Para ellos no había Europa ni arte. Se habían casado ceñudos, tiesos, acartonados en sus horribles ropas nuevas. Pero después, cuando Juanita los espío, en medio de la borrachera del rancho, estaban ahí solos, tomados de la mano, aislados de la cueca y el vino, absolutamente juntos, fuertes y seguros, como una raíz cierta de sus frutos. Hay caras que no se olvidan, pequeños sucesos que se quedan dentro de uno sin razón alguna. Parecen tontos, sin sentido, pero es inútil olvidarlos. ¿Qué tenía que ver Juanita con esa pareja

de inquilinos sorprendidos en el aburrimento de un verano? Sus manos, tierra y callosidades; sus ojos sosegados, torvos, negros, mirándose, no la abandonaban. Poseían una verdad que en vano buscó en los rostros felices de sus amigas. “Casarse, ¡qué cosa horrible!”

—¿Nadie quiere otra taza de té?

—preguntó María Luisa—. Bueno, entonces llamo para que las retiren y apagamos un poco las luces...

—Deja —murmuró Juanita— Yo sacaré las cosas. Le molestaba el rostro impávido de la sirvienta. No quería ver a nadie.

Hugo y María Luisa se acurrucaron en un sofá. Abrazados, tomados de la mano, comenzaron a cuchichear y reírse.

Pedro hojeaba una revista sentado

en el otro sofá. La esperaba. Con calma, tal vez con dulzura, la estaba esperando. Siempre había sido así: él la esperaba con seguridad. Porque ella iba y venía. Cansada de preguntarse, cansada de revolotear, cansada de no saber, llegaba. ¿Por qué? “Porque me está esperando”.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Pedro, cuando se sentó junto a él.

—Nada.

—Siempre me dices lo mismo.

—Porque siempre es así.

—¿No sabes qué tienes?

—No...

—Casémonos —dijo Pedro— y lo sabrás. Nos vamos a Europa. Estudiamos juntos. Nos queremos. Estudiamos. ¡Seríamos una pareja tan distinta! Tú eres inteligente, tienes sensibilidad. Podemos hacer juntos muchas cosas...

—¿Soy inteligente?

—¡Tontita!

Pedro la besó. Sus labios se aproximaron poco a poco a los suyos. Entonces Juanita fue abandonándose, también, lentamente.

—¡Pedro! —suspiró.

Volvieron a besarse. La felpa del sofá Luis XVI se pegaba a su espalda desnuda. En medio de las caricias, Pedro volvió a hablar con voz ronca:

—Nos casamos sin alboroto alguno. Los dos solos en una iglesia. Nos casaremos para ser felices eternamente, los dos solos... ¿quieres?

—Sí, ser felices... los dos solos... bésame, sabes besar, te quiero... nos iremos a Europa, estudiaremos... Eso es todo... Bésame... Los dos solos. Tiene que ser todo...

—¡Ojo, chiquillos! ¡Ya es la hora en que vienen papá y mamá! —gritó María Luisa.

Juanita y Pedro los habían olvidado. Hugo y María Luisa, también a ellos. Encendieron las luces. Frente al espejo, María Luisa, y luego, Juanita, se retocaron los cabellos y el rouge.

—Nosotros nos vamos —dijo Pedro, apoyándose en los hombros delgados de Juanita.

—¿No quieren quedarse a comer? —interrogó María Luisa.

—Mejor nos vamos. Creo que hay una concentración en la plaza,

aquí abajo. Prefiero sacar el automóvil temprano.

Se despidieron.

—Bueno, linda. Llámame pronto. No se pierdan —decía María Luisa a Juanita.

—Nos vemos en la facultad, viejo —agregó Pedro, a Hugo.

Con la complicidad estrecha del ascensor, Juanita y Pedro volvieron a besarse, como si un beso se les hubiera perdido. El ascensor terminó su viaje. Al salir de él ya notaron algo extraño. Las puertas del edificio estaban cerradas. A través de ellas venía un rumor sordo, espeso. Las abrieron con temor y salieron a la ancha plaza de cemento, que en esa noche cálida de enero hervía de hombres.

Juanita tomó con fuerza el brazo de Pedro. Aquello era más que una simple manifestación de obreros pidiendo algo o protestando. Se dieron cuenta de inmediato, por las carreras desenfadadas de algunos, por las antorchas que comenzaban a encenderse, en los gritos como de animales encerrados que venían de lejos, y de todas partes, los rostros desencajados, las manos empuñadas, palideces, ademanes, desenfundados, empujones. Se sintieron arrastrados por una corriente humana, sudorosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Juanita.

—No sé. Busquemos el coche.

Por el medio de la avenida se desplazaba una columna con antorchas encendidas. No gritaban. No cantaban. Venían hacia la plaza, mudos, implacables, con sus rostros de carbón, duros y afilados. Juanita los miró aproximarse: implacables, duros y afilados. Sin pedir nada. Entonces comprendió que algo había pasado y que no podía eludirlo. Desprendiéndose de Pedro corrió hacia la antorcha más próxima.

—¿Qué haces? —le gritó Pedro—.

—Ven acá! ¡Tenemos que irnos al auto!

Pero ella no le escuchaba. Tenía que saber lo sucedido. Una mujer pobre, con su niño en brazos, le advirtió: —Cuidado, señorita. ¡Están furiosos! Los carabineros dispararon y mataron a muchos... Ahora vienen, furiosos... ¡Tenga cuidado! —le suplicaba.

Juanita se detuvo, perpleja. Miró la criatura medio desnuda en brazos de la madre, que mordisqueaba un mendrugo sucio. ¿De manera que eran disparos?... “¡Fuegos artificiales!” había asegurado Hugo. ¡Y mientras ellos se besaban, disparos!...

Pedro la alcanzó, tomándola con furia del brazo.

—¿Te has vuelto loca? —interrogó—. Ven inmediatamente. Tenemos que llegar al auto.

—Pedro... ¡Por Dios! Necesitamos saber qué sucede... Es un espanto... Dicen que los carabineros han muerto a muchos...

—¡Oh! ¡Vamos! —ordenó Pedro, empujándola.

—Pero, ¿a ti no te importan?

—¿No me importa qué?

—¡Los muertos, Pedro!... La plaza llena de muertos...

Pedro la obligó a caminar rápido, de espaldas a la manifestación que avanzaba por la gran plaza hacia los cadáveres de los obreros, cubiertos por periódicos sanguinolentos.

—¿Los muertos? —repitió Pedro, confuso.

—Sí, esos pobres muertos, ahí, en la plaza.

—Pero, ¿si son unos rotos inmundos, mi amor!

Y al ver el rostro demudado de Juanita, agregó:

—El mal olor te está descomponiendo. Por suerte, ya llegamos. ¡Qué espanto esta muchedumbre! La verdad es que los carabineros hacen bien en matar unos cuantos rotos, de cuando en cuando...

Se adelantó para abrir la puerta del automóvil. Juanita lo miró como si por primera vez lo conociera.

—Cuando nos casemos —decía Pedro.

—¡Qué horrible! —exclamó Juanita.

—Sí, horrible todo esto, pero te decía que cuando nos casemos...

Juanita no le escuchaba. Ahora sabía que nunca se casaría con Pedro. Que Europa, la arquitectura, el arte, besarse, no era todo. ¡Había también los muertos! Los muertos de la plaza.

Fin

De *Cuentos de la generación del 50* (1958)

LA AUTORA

Margarita Aguirre (Santiago de Chile 1925-2003). Poeta, ensayista, crítica literaria y narradora chilena. Fue la primera biógrafa oficial de Pablo



Neruda. Se le considera, por la desolación y el nihilismo de muchos de sus personajes, como precursora de una generación de escritores en su país. Destacan en su producción títulos como *El huésped*, *La culpa*, *La oveja roja* y *Genio y figura de Pablo Neruda*.



Archivos azules

Indaga inquisidor...
¿Quieres saber si he amado?
¿Cuántos y a quiénes he amado?
Tras un vuelo rasgado se cuenta una historia

Antonieta Madrid

Y todos callan...
María Teresa Ogliastrri: Sherlock Holmes

Nadie sabrá jamás de sus amores. ¡Nunca! Porque ella es una tumba y una tumba será siempre. Ni con el pensamiento revelará el secreto, propio de los *archivos azules*. Había sido tan bello aquel encuentro. La relación perfecta. Un acoplamiento cósmico. La atracción llegó, como en un sueño, y se instaló entre los dos. Después se fue convirtiendo en un verdadero sentimiento. Habían decidido mantener el secreto. Acordaron no salir juntos. ¿Y si acaso llegaron a encontrarse con los amigos comunes? Pues nada, habían acordado comportarse como si solo se tratara de una simple casualidad. Tendrían que sorprenderlos juntos para sospechar. Tendrían que tropezarse con ellos en sus propios caminos, en la entrada del lujoso edificio, en el exclusivo estacionamiento.



Como si vivieran en un mundo aparte, el idilio había continuado, sin interrupciones ni sorpresas. Si no fuera por el inquietante paisaje a través del vidrio ahumado. Más allá de las enormes ventanas, los cerros poblados de improvisadas viviendas, de variados colores, rosado guayaba, verde seco, amarillo tierra, añil, salmón y todos los ocres. La gente subiendo y bajando por las empinadas escaleras. Unos en el rebusque, otros en la música, practicando el *hip-hop*, ensayando el *rap*, plomo verbal, *heavy rock* y salsa brava *freestyle*. Patineteros. Pelos engomados. Espejos rotos. Gigantescos montones de basura. Escombros apilados contra los muros.



Visto desde otra perspectiva, hasta podría resultar decorativo. *Art trouvé*, o tal vez, *pop art*, o arte chatarra. Una estética de la inmediatez. Cosas de las nuevas tribus, de la sociedad mutante. Las casas con la pintura chorreada, los colores degradados, los empinados escalones confundidos con los arbustos creciendo a la deriva, y el barro, salpicándolo todo, haciendo juego con la gama de los ocres. Ella no puede impedir que aquel paisaje, propio de esa otra realidad abrumadora, la atormente, como un escozor, como un prurito que se extiende por todo el cuerpo y no la deja disfrutar enteramente de aquellos encuentros en los espacios del anonimato...

Sin duda, mirar a través del vidrio podría significar una epifanía, una revelación. Paisaje periférico de corte tercermundista. Sur. Sur. Sur... Filmable desde todas las ópticas.

Conmover desde todo punto de vista. Pero ella no puede hacer nada para reparar



las injusticias del mundo. Adscribiéndose al insoslayable instante eterno, se sentará ante la mesa para dos, segura de que él no mirará el paisaje, porque solo tendrá ojos para ella. Tus ojos en mis ojos... Tus ojos en mis ojos... Tus ojos en mis ojos... Después, ya nada en este mundo podrá entorpecer la dicha mutua. Se entregarán a la pasión común. Las prácticas, todas. Desde el *Kamasutra* hasta el informe Kinsey, pasando por *Las mil y una noches*, el Ikebana, el agujero de *El Aleph*, el remolino del Maelstron, *Fanny Hill*, el miedo de volar, el monólogo de Molly Bloom y sus propias imagerías, estimuladas por las travesuras de Don Perignon y el *mousse* de parchita.



Resultaba obvio que el derrumbe no estaba previsto, porque, contrariamente a la pasión amorosa que se va instalando de a poquito en el corazón y en la mente de los amantes, y va creciendo con el tiempo, el derrumbe siempre nos sorprende, se presenta sin avisar, porque los derrumbes, como los infartos, como los accidentes, como los cataclismos, como las emboscadas, como las caídas, como toda mala noticia, no se ven venir, sino que irrumpen sorpresivamente en nuestras vidas, y cuando nos percatamos, ya no hay nada que se pueda hacer, porque se trata de algo ineluctable, algo que en el momento de ocurrir ya corresponde al pasado. La complicidad mutua agregaba un sa-

bor muy especial. Siempre estuvieron de acuerdo en lo desastroso que podía resultar el hecho de hacer públicos sus amores. En algunas ocasiones, planificaron viajes al exterior -se entretenían organizando los itinerarios- y en más de una oportunidad, llegaron a comprar -por separado y en distintas agencias de viaje- los pasajes. Pero al momento de hacer las reservaciones, decidían aplazarlo y la última vez, ella fue a Miami con su marido y él a Europa con su legal. Hubiera resultado un gran escándalo que una mujer casada, profesional de éxito, y un político notorio y reconocido, hubieran sido descubiertos a través del monitor de una agencia de viajes.



Un día cualquiera, una tarde lluviosa, llegó el momento aciago. Se encontraban en su nido de amor disfrutando bocadillos y martinis, protegidos apenas por la propia desnudez, cuando sonó el "clic" de una llave en la puerta del apartamento y la habitación fue invadida por indeseadas presencias: Patricia, la esposa de un común amigo, vestida con ropa de gimnasio; el detective privado, el testigo fotógrafo, y dos supuestos policías. La confusión reinaba en aquel recinto con fondo de música barroca. Los *flashes* refractaban el cristal de las copas, mientras los insospechados amantes, se miraban estupefactos, preguntándose cómo ellos, protagonistas de una historia digna de

los archivos azules, habían podido ser confundidos con el marido de Patricia y su aún desconocida compañera...



Lamentando tan grave error de cálculo -por parte de los detectives-, Armando y Eugenia, los atónitos amantes, equivocadamente descubiertos, liberados por fin del peso del secreto que los agobiaba y dueños de su propia felicidad, se pasan, boca a boca, como en los primeros auxilios, la última aceituna de la última copa de martini.

Fin

De *Al filo de la vida* (2004)

LA AUTORA

Antonieta Madrid
(Valera, 1939).
Narradora,
poeta, ensayista
y diplomática
venezolana. Su
trabajo literario
ha sido reconocido dentro y fuera del
país. Obtuvo el Premio de la Bial de
Literatura José Rafael Pocaterra
(1984) y el Premio de Ensayo otorgado
por Fundarte (1989). En 1991, fue
finalista del Premio Internacional de
Novela Rómulo Gallegos.

